

Un rayo de felicidad iluminó su bello rostro, cuando nos propuso que le acompañásemos á la iglesia; iba á hacernos testigos de un espectáculo grato de diverso modo para él y maravilloso para nosotros. ¡Creeis tal vez, que se trataba de descubrirnos el célebre cuadro de *San Miguel*, obra maestra del Gúido, ó al inimitable *San Francisco* del Dominiquino? ¡Oh, no! las maravillas del arte debían desaparecer ante una maravilla que solo Dios puede obrar. Entró primero el padre á una pequeña capilla lateral, encendió dos luces, quitó el frente móvil del altar, corrió una cortina de sarga roja y luego abrió una tumba de madera; entónces nos fué dado ver lo que deberían ir á ver aquellos que dicen: *Si yo viera un milagro, creería.*

Luego, allí, á nuestra vista, estaba dulcemente acostado, con la cabeza cubierta con sus cabellos enblanquecidos por los años, con una grande y hermosa barba, con los ojos entreabiertos, las mejillas coloreadas, la sonrisa en los lábios aún rojos, las manos blancas, los piés con carne y hueso y con sus venas salientes que se dibujaban en la piel, un pobre capuchino muerto hace ochenta y cinco años. ¡Queréis saber su nombre? se llama el venerable siervo de Dios, el hermano Crispino de Viterbo. Su historia es larga; pero voy á decíroslo en pocas palabras.

El 13 de Noviembre de 1668, nació en Viterbo, de honrados y religiosos padres, un niño que recibió en el bautismo el nombre de Pedro. Veinticinco años despues, un jóven de buen semblante, de una pureza angelical, de una dulzura y amenidad que encantaban, estaba arrodillado delante de la puerta de los capuchinos de su ciudad natal, pidiendo con lágrimas el honor de vestir el humilde hábito de San Francisco. Este favor le fué concedido. Contando desde el día de su profesion, las cabañas y los castillos de los Estados Ro-

manos, vieron durante cuarenta años consecutivos al jóven Pedro, convertido en hermano Crispino, pedir la limosna para el convento.

Lós dones que recibía, eran recompensados con oraciones y á menudo con milagros. A los ochenta años el venerable hermano recorria todavía con su alforja en las espaldas, las ciudades y los campos. Pero entónces su nombre estaba en todas las bocas, el perfume de sus virtudes atraía tras él á los pueblos, la púrpura misma se inclinaba ante su presencia. Murió en Roma, y la voz del pueblo, voz de Dios, proclamó su bienaventuranza en el cielo, y el cielo ratificó el testimonio de la tierra. El hombre de Dios, enterrado como sus hermanos, sin ser embalsamado, en el cementerio comun, fué, al rumor de nuevos milagros, sacado de ahí intacto y con su color natural, y llevado al lugar en que lo hemos visto nosotros y en donde puede verle todo viajero.

13 DE DICIEMBRE.

La cámara de los grandes hombres.

“Como estaba yo en Atenas, y segun mi costumbre, habia ido á oír á Antioco al gimnasio de Tolomeo, junto con M. Pison, Quinto mi hermano, C. Pomponio y Lucio Ciceron, mi primo hermano, á quien amaba como si fuese mi hermano, resolvimos todos ir despues de medio dia á pasearnos juntos á la Academia, porque á esa hora no se encontraba nadie en ella. Nos citamos todos para la casa de Pison; y de allí, hablando de diversos asuntos, hicimos los seis estadios, (1) de la puerta Dipyla á la Academia. Llegados á aquel bello lugar tan justamente célebre, encon-

1 Medida de 125 pasos geométricos. — N. del T.

tramos allí la soledad que buscábamos, y entónces Pison nos dijo:

—¡Es una cosa fundada en la naturaleza, ó solamente un error de nuestra imaginacion, que cuando vemos los lugares habitados por grandes hombres, nos sentimos más conmovidos, como me sucede ahora, que cuando solo oimos hablar de ellos, ó leemos alguno de sus escritos? Aquí no puedo dejar de pensar en Platon; en este lugar se ocupaba Platon con sus discípulos; esos pequeños jardines, tan cerca de nosotros, me hacen tener presente la memoria del filósofo, que me la ponen casi en los ojos. Aquí se paseaban Speusippo, Xenócrates, y su discípulo Polemon, quien se sentaba ordinariamente en aquel lugar. . . . En fin, esos lugares tienen en un grado tan eminente el poder de excitar nuestro pensamiento, que no sin razon se ha fundado en ellos el arte de la memoria.

—Sin duda que sí, Pison, replicó Quinto, ese poder es muy grande; yo mismo ahora, al venir aquí, volvía los ojos hácia esa aldea de Colonia en donde vivía Sófocles, y me he sentido conmovido y he creído, en cierto modo, ver á ese poeta que es, como sabeis, mi admiracion y mis delicias.

—Y yo, dijo Pomponio, á quien haceis la guerra por haber adoptado los sentimientos de Epicuro, por cuyos jardines acabamos de pasar, me trasporto á ellos con Fedro, á quien amo tanto, como sabeis, y siguiendo el antiguo proverbio, no olvido á los vivientes.

“Yo repliqué entónces:

—Soy de vuestro sentir, Pison; los lugares en que han estado hombres ilustres, nos hacen ordinariamente pensar en ellos con más viveza y más atentamente. Ya sabeis que fuí una vez con vos á Metoponto, y que no entré á la casa de mi huésped, sino despues de haber visto el lugar en que habia pasado Pitágoras su

vida, y el sitio en donde acostumbraba estar. La exedra 1 en donde enseñaba Charmadas, tiene para mí gran interes; me parece estarle viendo, porque conozco sus facciones, y creo que ese lugar que ha quedado abandonado por tan gran génio, se lamenta á todas horas de no poderle oír.” 2

Nosotros tambien debíamos ver los lugares habitados por grandes hombres, entrar á sus casas, visitar sus habitaciones, tocar objetos que sus manos habian tocado. Los sentimientos experimentados en Atenas por Ciceron y sus amigos, y por cualquiera que visita la habitacion de un personaje célebre, iban á ser nuestros tambien; ¡qué digo? debían ser tanto más vivos cuanto que los grandes hombres, cuya morada íbamos á recorrer, eran santos.

Desde las siete de la mañana caminábamos hácia el *Gesu*. El excelente padre de V. . . . me habia conseguido el insigne favor de ofrecer el sacrificio santo en el cuarto mismo de San Ignacio. ¡Qué de recuerdos! ¡qué de monumentos elocuentes en aquel lugar bendito! Un modesto altar ha sido levantado en un cuarto que tendrá algunos piés cuadrados; es oblongo, bajo, irregular, é iluminado por una sola ventana; este es el cuarto en donde vivió y murió San Ignacio, en donde murió San Francisco de Borja, en donde San Luis Gonzaga pronunció sus votos en manos de San Ignacio; y San Estanislao de Kostka en las de San Francisco de Borja. En este mismo altar dijo San Carlos Borromeo su segunda misa, y San Francisco de Sales muchas veces la suya; aquí San Felipe Neri, el apóstol de Roma, conversó muy frecuentemente con San Ignacio; aquí han sido concebidos, fecundados tantos proyectos de celo, de abnegacion, de caridad, tan

1 Asamblea de sabios.—N. del T.

2 Cicer., de *Fimb.* V. I. 2.

vastos como el mundo, tan variados como las miserias de los hijos de Adán. Ved ahí las líneas escritas por mano de todos esos grandes hombres; ved la acta original, por la cual los primeros padres de la Compañía de Jesús se obligan á la obediencia y al servicio de la Iglesia; está firmada de mano de Ignacio, de Francisco Javier, de Lainez, de Zalmeron, etc.

Ved ahí el juramento que hizo San Estanislao de sostener la Inmaculada Concepción de María; está escrito por su mano y firmado con su sangre. Ved, en fin, en una pequeña pieza vecina, los vestidos sagrados de un hombre que la Iglesia católica puede enseñar con orgullo á sus amigos y á sus enemigos; esos vestidos son, el birrete y el cilicio del ilustre y piadoso cardenal Belarmino.

Si levantais la vista, veis el parasol, tan gloriosamente histórico, llevado por San Francisco Javier, cuando fué admitido á la audiencia solemne de Fuzarondone, rey del Japon. Este parasol, hecho con la corteza de un árbol, se distingue por ricos dibujos de oro, de bello trabajo, y reúne á la dimension de un pequeño paraguas la ligereza de una pluma.

Antes de este cuarto, tantas veces venerable, en donde acababa yo de ofrecer el sacrificio augusto, hay otro más pequeño, en el cual trabajaba San Ignacio. En éste fué donde escribió sus inmortales Constituciones; allí se le ve todavía revestido con sus ornamentos sacerdotales y cubiertos los pies con su mismo calzado.

Después de haber dado libertad á nuestro espíritu y á nuestro corazón para todo aquello que puede sentir el hombre y el cristiano en lugares llenos de semejantes recuerdos, nos volvimos al hotel, en donde pasamos el resto del día; nos era muy necesario este tiempo para asimilarnos el delicioso alimento que habíamos tomado en la mañana.

14 DE DICIEMBRE.

Vicus Patricius—Arco de Galiano.—Casa de San Justino.—Iglesia de Santa Pudenciana.—Recuerdos históricos.—Baños de Timoteo.—Iglesia de Santa Praxedis.—Mosáico.—Capilla Borromea.—Columna de la Flagelación.—Sepulcro de los mártires.

En Roma, más que en cualquiera otra parte, no basta ver una vez; es preciso casi siempre volver á los mismos lugares, estudiar los mismos monumentos. Cada pié de tierra que pisais, cada edificio que encontráis, revela una historia, un hecho, que por un privilegio de la ciudad eterna, es de gran peso sobre los destinos del mundo entero antes y después de la predicación del Evangelio. Volviendo á las crestas desiguales del Esquilino, dejamos á la derecha á Santa María la Mayor, para entrar á la *vía Urbana*, llamada así por el papa Urbano VIII que la mandó construir. La vieja Roma salía de su triple capa de ruinas, y se mostraba á nuestras miradas con sus nombres, sus monumentos y sus recuerdos. Una multitud de sombras patricias parecían rodearnos: estábamos en el antiguo *vicus Patricius*. Debió su nombre á los patricios consignados en aquel cuartel por Servio Julio, que quería impedirles que formasen nuevas tramas. No lejos de allí estaban el lúbrico teatro de Flora y un templo de Diana. Propercia tenía allí su habitación; no podía estar mejor colocada. 1 Como la voluptuosidad engendra siempre la bajeza del alma, no nos admiramos de hallar cerca de ahí un arco de travertino 2 de mediocre trabajo, levantado en honor de Galiano y que tiene esta inscripción.

1 Et dominum Esquilis die habitare tuum. Eleg. 22, lib. III.

2 Piedra calcárea que se halla cerca de Tivoli.—N. del T.

cion, que respira la adulación llevada hasta la idolatría:

GALLIENO INVICTISSIMO PRINCIPI
CUIUS INVICTA VIRTUS SOLA PIETATE SUPERATA
EST M. AURELIUS DEDICATISSIMUS NUMINI
MAJESTATIQUE EJUS.

“A Galiano invictísimo príncipe, cuyo invencible valor solo es superado por su piedad, Marco Aurelio consagrado á su deidad y majestad.”

A todos estos monumentos profanos, á todos estos hombres de triste memoria, han sucedido monumentos y personajes que ocupan un glorioso lugar en la historia de la Iglesia naciente. San Justino, que llegó del Oriente para defender la fe, habitó aquellos lugares: “Hasta aquí, dijo el célebre apologista, he permanecido cerca de la casa de Marcio, inmediata á los baños de Timoteo. 1 No muy lejos se levantan las venerables iglesias de Santa Pudenciana y de Santa Praxedis, con los baños de sus hermanos Timoteo y Novato. De este modo íbamos pisando la tierra que pisó primero San Pedro, luego San Pablo y en seguida una multitud de cristianos ilustres. Una vez llegado á Roma el año de 44, con la increíble pretension de plantar la cruz en la cima del Capitolio, el jefe de los pescadores galileos, descendió desde luego mas allá del Tíber al cuartel de los judíos. Bien pronto convirtió al senador Pudencio, á su madre llamada Priscila, á sus dos hijos llamados Novato y Timoteo, y á sus dos hijas Praxedis y Pudenciana, no ménos que á su servidumbre. La casa de estos fervientes neófitos llegó á ser la morada del apóstol. 2

1 Ego prope domum Martii cujus dam ad balneum cognomento Thimathinum haetenus mansi. *Apol.* I.

2 Baron. an. 44, núm. 61; an. 57, 71. *Annot. ad Martyrol.* Mazzolari, *Basiliche sacre*, t. IV, 163, Ciampini, *Monim. veter.*, t. II, 143.—150 etc.

Lo que el Cenáculo fué en Jerusalem, eso mismo fué en Roma esta santa casa. El Vicario de Jesucristo celebró allí los augustos misterios, allí presidió las sinaxas, 1 dió la sagrada unción á San Lino y á San Cleto sus sucesores, y su misión á los numerosos apóstoles del Occidente. 2 San Pablo también frecuentó más tarde la habitación de Pudencio, y Dios sabe todo lo que los fundadores del Cristianismo hicieron é hicieron en ese venerable lugar en que estábamos. Sin embargo, se había declarado ya la persecución, y antes de que ellas fuesen las víctimas gloriosas, ¿sabeis cuál era la ocupación de las jóvenes vírgenes Pudenciana y Praxedis? Recojer los cuerpos de los mártires, restañar su sangre con esponjas y depositarla en los vasos funerarios y en los pozos, á donde ellas bajaban furtivamente los sagrados restos de sus hermanos; tal fué el peligroso objeto de su infatigable caridad. La tradición constante, los monumentos escritos, los cuadros, las inscripciones colocadas en las dos iglesias dedicadas á la gloria de las dos hermanas, los pozos cerrados con rejas de hierro, son otros tantos testimonios de aquellos hechos, por otra parte, tan conformes á las costumbres cristianas.

La casa senatorial, venerable por tantos títulos, fué convertida en iglesia desde el segundo siglo, por el papa San Pio I. 3 Célebre en la historia bajo el título *del Pastor*, esta iglesia dedicada á Santa Pudenciana, está situada como hemos dicho en el *vicus Patricius*. Ofrece un vasto campo al arqueólogo y al cristiano; los mosaicos del coro son de grande antigüedad.

1 Congregaciones de los primeros cristianos.—N. del T.

2 Mazzolari, *idem.*, 163.

3 Si esta casa fué consumida por el incendio de Neron, ó destruida por este príncipe cuando edificó su *palacio de oro*, los restos de este palacio ó el lugar que ocupaban, sirvieron para edificar allí la nueva iglesia.

dad, y Bosio, de acuerdo con los otros anticuarios, no tiene dificultad en admitir que debajo del suelo existe una catacumba. Esta se compone de un gran número de cuartos ó *monumento arcuata*, restos probables de los baños de Timoteo. Se cree también que existía una galería subterránea hasta el cementerio de Santa Priscila, cerca de la puerta *Salaria*. En ella fué donde las ilustres hermanas depositaron cerca de tres mil mártires, inmolados en las primeras persecuciones. 1 El pozo á donde bajaban aquellos sagrados cuerpos, está todavía en la iglesia, así como el altar en donde, según tradición, ofreció San Pedro el augusto sacrificio en la casa del senador. Bajo el altar mayor descansa en gran parte el cuerpo de Santa Pudenciana. ¿Qué cosa más justa que honrar á la heroína en el teatro mismo de su triunfo?

Nos quedaba por visitar á otro miembro de la familia senatorial. Pasando á la izquierda de Santa María la Mayor, estuvimos á pocos minutos en la iglesia de Santa Praxedis. Este nuevo santuario, dependencia de la casa de Pudencio, está edificado en el lugar de los baños de Novato. Asilo de los primitivos cristianos y oratorio desde el siglo segundo, llegó á ser en 822, por empeño del papa Pascal I, lo que es hoy, una de las iglesias más venerables de Roma. El primer objeto que llamó nuestra atención fué el grande arco del coro (*tribuna*) que sostiene la bóveda del altar mayor y está entre la nave y el santuario. Se ve en él un soberbio mosaico que representa el cielo. El centro está ocupado por una ciudad, hácia la cual llegan con las manos llenas de presentes, numerosos viajeros. Bajo la figura de dos ángeles, están San Pedro y San Pablo, de pie en las puertas. En medio de la ciudad eterna está el rey de los siglos, teniendo en una

1 Baron. *Annot ad Martyrol.*, 19 de Enero.

mano el globo. Los dichosos habitantes de la santa Jerusalem rodean al rey, ceñidas sus frentes con diademas y teniendo palmas en sus manos. Fuera de la ciudad aparece un ángel que enseña el camino á los peregrinos del cielo.

De la cima del arco se desprende la cifra del papa Pascal, restaurador de la iglesia: más abajo está una mano que sale del cielo y que tiene asida una corona: este es el emblema de la Divinidad, y como descansa sobre la cabeza de Nuestro Señor, indica la plenitud de su poder real y sacerdotal. Nuestro Señor aparece de pie, extendiendo la mano derecha en los momentos solemnes en que decía: «Yo soy el buen Pastor y conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen.» Esto se hace evidente por la presencia de las ovejas que están á sus piés y los santos que están á sus costados. A la derecha del Salvador está San Pablo, vestido con una túnica blanca, en cuya orilla se ve la letra P, cifra del apóstol. Después de él, está una joven virgen, Santa Praxedis: lleva un riquísimo vestido de oro, adornado con pedrería, y con una de sus manos, oculta bajo un velo, sostiene una corona redonda, figura de las oblações que se ofrecían en el altar por los primeros cristianos. En tercer lugar viene el papa Pascal, lleva una aureola cuadriforme y trae en las manos un modelo de la iglesia de Santa Praxedis.

Como adorno se ve también una palmera de verde follaje, sobre la cual está parado el fénix, pájaro misterioso, símbolo de la resurrección. A la izquierda del Salvador aparece San Pedro, vestido de blanco, presentando á Nuestro Señor á otra virgen, Santa Pudenciana, vestida como su hermana. Después de ella está un personaje vestido con una dalmática blanca y teniendo en las manos un libro adornado con perlas. Este libro representa al Evangelio, y todo induce á creer que el perso-

naje es el santo sacerdote Hennon, cuyo cuerpo descansa en la iglesia. Apenas hemos podido indicar rápidamente los principales rasgos de ese primer mosaico, digno de toda la atención de los arqueólogos. 1

Dejando aquel curioso monumento, dirigimos la vista al altar mayor. Este es una magnífica obra, coronada por un dosel que está sostenido por cuatro grandes columnas de pórfido. Fueron dadas por San Carlos Borromeo, cardenal titulado de Santa Praxedis. Se sube al santuario, edificado sobre la cripta, por una magnífica escalera de dos tramos, cuyos escalones son de mármol rojo antiguo: son, según creo, hechos con las más hermosas piedras de ese mármol, que ha llegado á ser extremadamente raro. El cuadro del fondo es de Julio Romano, el discípulo querido de Rafael. Representa á Santa Pudenciana y á Santa Praxedis recogiendo con esponjas la sangre de los mártires, y haciéndola correr por los pozos; este cuadro pasa por ser una obra admirable. Al bajar por la derecha de la nave, está la capilla de la familia Borromea. Vimos el sillón de madera del cardenal, así como la mesa en que este príncipe de la Iglesia daba de comer á los pobres. En la parte baja de la iglesia está una larga losa de mármol, cubierta con enrejado de fierro, y en ella se ve esta sencilla, pero elocuente inscripción: *Sobre este mármol dormía la santa virgen Praxedis*. No me cuesta trabajo creerlo: la mortificación es la madre de la caridad y el aprendizaje del martirio. Hácia el medio de la nave, está abierto, rodeado de una reja, el pozo venerable en donde la santa cumplía el mismo deber que su hermana en la casa de su padre. Una bella estatua representa á la joven mártir, de rodillas al borde del pozo, oprimiendo entre sus manos una esponja llena de sangre.

1 Ciampini, t. II, p. 250.

Subiendo por la derecha está el célebre oratorio de San Hennon mártir. El mosaico con que está adornado era tan bello, tan armonioso, que se le llamaba *El Paraíso*. Lo que queda, aunque degradado por el tiempo, merece todavía todo el estudio del viajero. 1. Dos razones me impiden hacer su descripción: la necesidad de ser corto y la atención secundaria que puse en aquella obra maestra. ¿Cómo ocuparse del arte en presencia de otro objeto que os absorbe por completo? Aquí, en esta capilla, se conserva la columna en que pusieron á Nuestro Señor durante la flagelación.

Estábamos á dos pasos de aquel monumento sagrado; estaba á nuestra vista, y repito, ¿cómo ocuparse de otra cosa? Se sabe que esta columna, religiosamente conservada por los primeros cristianos, fué traída de Oriente en 1213 por el cardenal Juan Colonna, legado de la Santa Sede. Es de mármol oriental blanco y negro, y puede tener tres piés de altura. 2. Tres mil trescientos mártires de los más ilustres, nombrados en la tabla del papa Pascal I, forman aquí el cortejo del Dios crucificado. Ahora bien, ¿en qué mejor lugar podían colocarse, que en aquel, los huesos de nuestros padres, todas aquellas olas de sangre cristiana y aquella columna de vergüenza y de dolor, en que el Salvador expió la más vergonzosa de nuestras iniquidades? Santa Praxedis está á dos pasos del antiguo teatro de Flora, cuyas infamias hacen ruborizar todavía la frente del ménos púdico. Crimen, expiación, armonía providencial, esta aproximación lo explica todo.

1. Ciampini, t. II, pág. 250, etc.
2. Ved á Bened. XIV, *de Festis Dom.*, pág. 184. Cornel á Lapid, in *Math.*, c. XXVII, v. 26, pág. 524. Mazzol, t. VI, pág. 167.